

A mí lo que me gustaba era trabajar la tierra¹



Editor: María Andrea Rojas. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2019. Este es un documento de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.



Mi tío regresó con la esperanza de reclamar sus tierras. Su esposa le dijo que, una vez declarado el fin del conflicto, podía regresar a Colombia a recuperar lo que la guerra le había arrebatado. Llegó a las cuatro de la tarde. Su voz gruesa resonó en toda la casa. Me impresionó su altura desmedida y su cuerpo robusto. Tenía la piel reseca y renegrida por el sol. Me saludó con un apretón de manos y un abrazo con golpes en la espalda incluido. Saludó a mi mamá y preguntó por mi papá, su hermano. Le dije que estaba trabajando y que regresaba entre las cinco y seis de la tarde. Comió a esa hora, porque en el viaje no le fue posible. Mi mamá había preparado arroz, carne y patacones. Cuando terminó, me contó el motivo de su visita: quería recuperar sus tierras. ¿Cuáles tierras? Le pregunté.

Unas parcelas que tengo en Currulao, Antioquia, más allá de Apartadó. Yo invadí esos terrenos con Mercedes, mi mujer, y nos fuimos a vivir ahí. Después sacamos las escrituras. En esos tiempos era puro monte. La hierba te llegaba a la cintura y estaba toito lleno de culebras. Nosotros cortamos la yerba mala y abonamos la tierra. Sembramos plátano. Eran hectáreas y hectáreas llenas de puro plátano. Plátano de exportación. Tu papá vivió con nosotros pa esos tiempos. Él estaba en Venezuela; se vino porque no tenía papeles y no le gustó el trato que le daban a los indocumentados. Vivió como seis meses con nosotros, después se fue pa Vikingos, una empresa pesquera. Se demoraba meses y meses pescando en mar abierto, cuando venía traía un poco de bultos de pescao congelao. A él le gustaba más la vida del campo que la del mar, pero allá pagaban mejor. Después se fue pa Cartagena, allá compró un solar y paró una casita de tablas. Aquí mismo, donde estamos ahora.

Mientras mi tío hablaba, la casa se había transmutado en una casita de tablas, chiquita, con techo de zinc y ventanas de madera. Ya no estaban las vigas de cemento ni las paredes de ladrillo. El piso de baldosas se había convertido en barro pisado. La terraza de rejas de hierro y grabados metálicos había cedido ante cercas de madera con clavos oxidados. A través de la puerta podía ver un campo lleno de matas de plátano. Olía a hojas de bijao. Mi tío y yo estábamos sentados frente a frente, en unos banquillos de roble seco.

Ya después empezó a aparecer gente muerta. Los mataban pa quitarles la tierra. A mí nunca me amenazaron, ni a mi mujer. A Manolito sí lo

¹ Deiver Juez Correa, estudiante de Lingüística y Literatura, Universidad de Cartagena

amenazaron, y como era bien pelionero y rabioso le pegaron tres tiros en la barriga. Eso fue muy duro porque nosotros queríamos mucho a Manolito. Él era huérfano y nos ayudaba a sembrar los plátanos. Ahí decidimos irnos. Yo sabía que si no me iba seríamos los próximos. Dejamos todo, solo nos llevamos una tula roja con ropa y dos gallinas. De repente perdí todo lo que había trabajado por diez años. Me fui pa Venezuela, y como tenía parientes de allá pude sacar los papeles. Después de mucho trabajar, logré comprar unas parcelas baratas. Eso era puro monte. La hierba te llegaba a la cintura y estaba toito lleno de culebras. Nosotros cortamos la yerba mala y abonamos la tierra. Sembramos plátano. Eran hectáreas y hectáreas llenas de puro plátano. Plátano de exportación. Después compré más parcelas. Era un buen negocio porque compraba tierras sucias y yo las limpiaba. Salían a buen precio. Así logré reunir muchas tierras, algunas con montañas sin explorar donde decían que había diamantes, pero a mí no me interesaba la minería, así que no le presté atención. A mí lo que me gustaba era trabajar la tierra, por eso no me afectó mucho la crisis. Yo tenía mis animalitos y mis matas de plátano, ñame y yuca. Hambre no pasé nunca.

De pronto un olor a pólvora llegó hasta nosotros, que seguíamos sentados en los banquillos de roble. Escuchamos disparos lejanos, luego muy cerca. Uno detrás del otro. Afuera Manulito resoplaba, tirado en el piso. Le dieron tres tiros en la barriga. Mi tía mercedes lloraba desconsolada mientras guardaba ropa en una tula roja, no tan roja como la espumosa sangre de Manolito.

Ni tiempo nos dio de enterrar a Manolito. Cogimos la tula, dos gallinas y unos ahorritos que teníamos bajo el colchón. Nos fuimos con la esperanza de volver algún día. Ya estando en Venezuela mis hermanos me decían que nada tenía que hacer en Colombia, que mejor me buscara una muerte natural. Que no amagara al diablo. Yo decía que tarde o temprano tenía que regresar. Siempre terminábamos discutiendo...

Mi papá llegó en plena discusión, al caer la tarde. Afuera, una Mariamulata se posaba en las rejas y picoteaba los grabados metálicos creyendo, quizá, que eran los ojos de un perro muerto. Bajo mis pies podía sentir el fino tacto de las baldosas. Reaparecieron las paredes de ladrillo y las vigas de cemento. La sala estaba llena, toda la familia había venido a saludar al recién llegado. La discusión vino después de los abrazos y los besos. Tía Carmen decía, medio gritando, «*deja perder esas tierras. Deja perder esas tierras. Mira lo que le pasó a Manolito*». Tío Roberto decía: «*eso es muy arriesgado, te pueden matar, yo que tú mando a tu mujer*». Tía Julia estaba llorando, entre sollozos decía: «*ay, mi hermanito, no coja pa allá. Yo escuché que a los que andan reclamando tierras los están matando*». Mi tío seguía sentado frente a mí, en el comedor. Yo no decía nada. No sabía qué decir. Mi papá también se quedó callado, le tocó el hombro, como un vano consuelo. Mi tío tenía la cabeza baja, y contenía las lágrimas. Después, mi papá le preguntó: *¿a qué hora llegaste?*